

3°
medio

Aprendo sin parar

Orientaciones para el trabajo
con el texto escolar

Clase 12

Lenguaje



UNIDAD DE
CURRÍCULO Y
EVALUACIÓN UCE



1.12 CLASE 12: José, de Egon Wolff

PARA COMENZAR

¡Hola! Hoy vas a trabajar en las páginas de la 22 a la 28. Como sabes, el propósito de esta lección es leer una obra dramática para analizar el conflicto humano y reflexionar acerca de las convicciones que guían la vida de las personas.



Antes de la lectura

La clase pasada aprendiste acerca del contexto de producción de esta obra ¿recuerdas cuáles eran? Si no te acuerdas, revísalos.

Reflexiona acerca de los valores hoy en día, ¿qué valores son fundamentales para ti? ¿Por qué? ¿Qué valores crees que guían a las personas hoy en Chile? ¿Por qué?



Durante la lectura

Comienza la lectura. Si tienes a alguien que pueda leer la obra contigo, pídele que lea uno de los personajes.

Piensa lo que vas aprendiendo, según lo que leas, acerca del contexto social y cultural en el que se representa la obra. Además, comienza a pensar cuáles pueden ser los conflictos humanos que tengan los personajes, así como sus convicciones de cada uno.

Continúa hasta la página 25. Durante esta lectura, plantéate cuál crees que es el conflicto principal de la obra y qué otros pequeños conflictos hay presentes. Reflexiona en torno a la relación entre Raúl y José y también acerca del abuelo.

Luego piensa acerca de qué cosas te han llamado la atención y qué opinas sobre ellas. Además, mira con atención las ilustraciones ¿qué representan?

Sigue con la página 26, en ella se habla acerca del movimiento hippie. Este tuvo su boom a finales de los setenta y profesaba los valores pacifistas, de una anarquía no violenta, un rechazo al materialismo y preocupación por el medioambiente. Surgió en Estados Unidos en los jóvenes que buscaban una vida desprendida, de libertad femenina, sexual y racial. Aquí hay una noticia que cuenta cómo surgió:

https://elpais.com/cultura/2017/08/04/actualidad/1501865756_160826.html

Termina tu lectura de hoy con las páginas 27 y 28. Fíjate en las expresiones que usan los personajes e interpreta qué quieren decir, por ejemplo cuando dice “parranda”, “un viaje que se fue al tacho” o “chocherías de vieja”. Observa el contexto en el que están para poder entenderlas mejor.



Después de la lectura

Reflexiona en torno al concepto de felicidad que tienen los personajes.

Piensa en la manera de relacionarse que tienen los personajes ¿Cómo es la relación entre José e Isabel? ¿Y con Raúl?

Cierre

Hoy has avanzado en la lectura de una obra dramática. Es importante siempre tener en cuenta las indicaciones realizadas por el dramaturgo, que van entre paréntesis llamadas didascalias. Estas ayudan a interpretar de mejor manera la obra, ya que dan información acerca de los personajes, sus emociones, sus intenciones, entre otros.

- Lee el siguiente fragmento de la obra *José* y reconoce las distintas dimensiones del conflicto que enfrentan sus personajes.

José

Egon Wolff

Primer acto Escena primera

TRINI.— ¡Ahí viene! ¡Ahí viene! ¡Son ellos! *(Isabel se agita, emocionada, un poco sin ton ni son. El abuelo acude a la puerta de entrada. Trini corre afuera. Voces).*

ABUELO.— *(Mirando hacia afuera).* ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira mi chiquillo! *(Trini regresa).*

TRINI.— *(A Isabel, con estupor e incredulidad).* ¿Ese es él? *(Entra Estela. 30 años. Porta un viejo maletín de cuero sucio. Viste con sobria elegancia. Tras ella, entra Raúl. 40 años. Lleva una bolsa de lona vieja. Hace pasar a José. 28 años. Viste pantalón largo. Barba. Ve a Isabel y la abraza largamente).*

JOSÉ.— ¡Mamá! *(Ve a Trini. Toma sus manos. La contempla de lejos).* Y esto... ¿eres tú? *(Trini, emocionada, solo atina a mover su cabeza afirmativamente. Le señala el pecho).* ¿Y esto? ¿Qué te salió ahí? *(Todos ríen).* ¿Cuánto es cuatro por cuatro?

TRINI.— *(Entre lágrimas y risas).* ¡Quince!

JOSÉ.— ¿Quién conquistó al Perú?

TRINI.— ¡Pedro de Valdivia!

JOSÉ.— ¡Mal! ¡Muy mal! ¡Vamos de mal en peor! *(Todos ríen. A ella, de nuevo, ahora íntimamente).* ¿Cómo estás?

TRINI.— Bien... muy bien.

JOSÉ.— *(A todos, que no dejan de mirarlo).* ¡Sí! ¡Este es Coté! *(Por la barba).* Esto no estaba cuando partí, pero... no es sintético. *(El abuelo asoma en la puerta del jardín. Lo llama con el grito de la codorniz. José lo ve. Va a abrazarlo. El abuelo gime de emoción).* ¡Camiseta! ¡Un poco más chico! Ahora me cabes bajo el brazo, viejo, ¿ves?

ABUELO.— ¡Donde no me dan alfalfa, niño! ¡Donde no me dan alfalfa! *(José mira la casa, siempre abrazando al viejo).*

JOSÉ.— ¡Oh! ¡Estar de nuevo en casa! (*A Raúl*). Y qué casa, ¿eh? (*Trini corre hacia la mesa. Toma la bandeja y ofrece*).

TRINI.— ¡Mira lo que te tenemos! ¡*Petit bouchet* de anchoas! ¡Toma, sírvete!

JOSÉ.— (*Apreciativo; burlón*). ¡Oh! «¡*Petit bouchet* de anchoas!».

ISABEL.— No lo mires en menos, hijo. Si vieras lo que se ha esmerado. (*Raúl se ha sentado. Observa a José con aire reticente, crítico. Estela se sienta junto a él. Trini ofrece bocados y bebidas*).

ESTELA.— ¿Sabes lo que nos pasó en el aeropuerto, mamá? No reconocimos a Coté. Ni Raúl ni yo. ¿Qué te parece? Nos paramos a la salida de la aduana y vemos salir a todos los pasajeros, y no lo reconocemos. Al final, veo a un señor con barba que me mira sonriendo, ¿y quién crees que era? (*José ríe*). ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué no te acercaste cuando me viste? Me habrías evitado un papelón.

JOSÉ.— Estaba gozando tu cara. Además, con esta ropa, y esta barba, no te culpo. (*A Isabel*). ¿Te acuerdas de que me disfrazaste de caballero cuando me fui?

ABUELO.— ¡Yo te habría reconocido! A mí, tu barba no me despista, porque el parentesco es cosa de olor. Uno huele a la familia. Quise ir a recibirte al aeropuerto, pero dijeron que era mucha emoción para mí, pero eso son huevadas. ¡No sabré yo lo firme que estoy! (*Breve silencio incómodo*).

ISABEL.— Lo hicimos por tu bien, papá...

ABUELO.— ¡Huevadas! (*A José*). ¡Lo que pasa es que no quisieron mostrarse en público conmigo! ¡Con estas ropas del asilo!

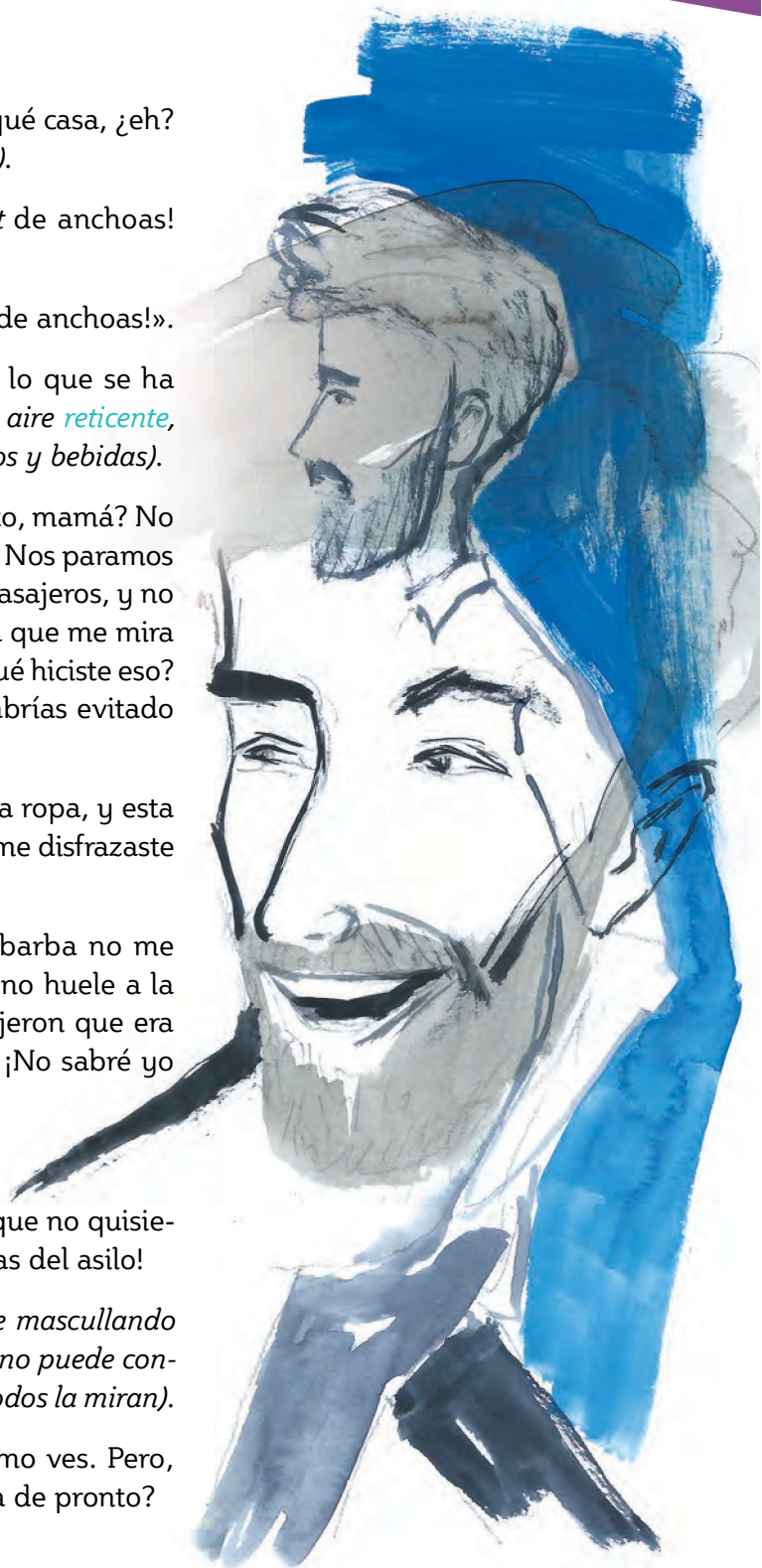
ISABEL.— ¡Pero, papá, por Dios! (*El Abuelo sigue mascullando por lo bajo. Trini, que ha estado observando a José, no puede contener sus emociones y sale corriendo escala arriba. Todos la miran*).

ISABEL.— Estamos todos emocionados, hijo, como ves. Pero, a ver, cuéntanos. ¿Por qué decidiste verte a casa de pronto?

JOSÉ.— ¿Asilo? ¿El abuelo vive en un asilo?

ISABEL.— Las Teresianas, hijo. Un lugar muy agradable...

ABUELO.— ¿Agradable? ¡Huevadas! Un lugar lleno de moscas, oscuro como un mausoleo. (*Toma la horqueta y sale al jardín. De pasada se cala con furia el sombrero*). ¡Salgo afuera a limar esta horqueta, será mejor! (*Isabel toma a José de un brazo y lo sienta junto a ella*).



reticente: desconfiado.

horqueta: herramienta que se emplea en el campo para remover el trigo o levantar la paja.

ISABEL.— ¡Pero, cuenta! ¡Hoy tú eres el centro de la casa!

JOSÉ.— ¿Qué quieres que te cuente?

ESTELA.— Las razones que tuviste para volverte de los Estados Unidos, pues. Después de haber estado siete años en esa maravilla de país, debes tener razones muy poderosas. A mí, al menos, no me hacen volver cien bueyes, si hubiera tenido tu oportunidad...

RAÚL.— Es una mujer muy desgraciada, como ves...

ESTELA.— *(Desoyendo la ironía).* ¿Vienes directamente de Chicago?

JOSÉ.— No. Tomé el avión en Nueva York.

ESTELA.— Pero... ¿no estabas viviendo en Chicago?

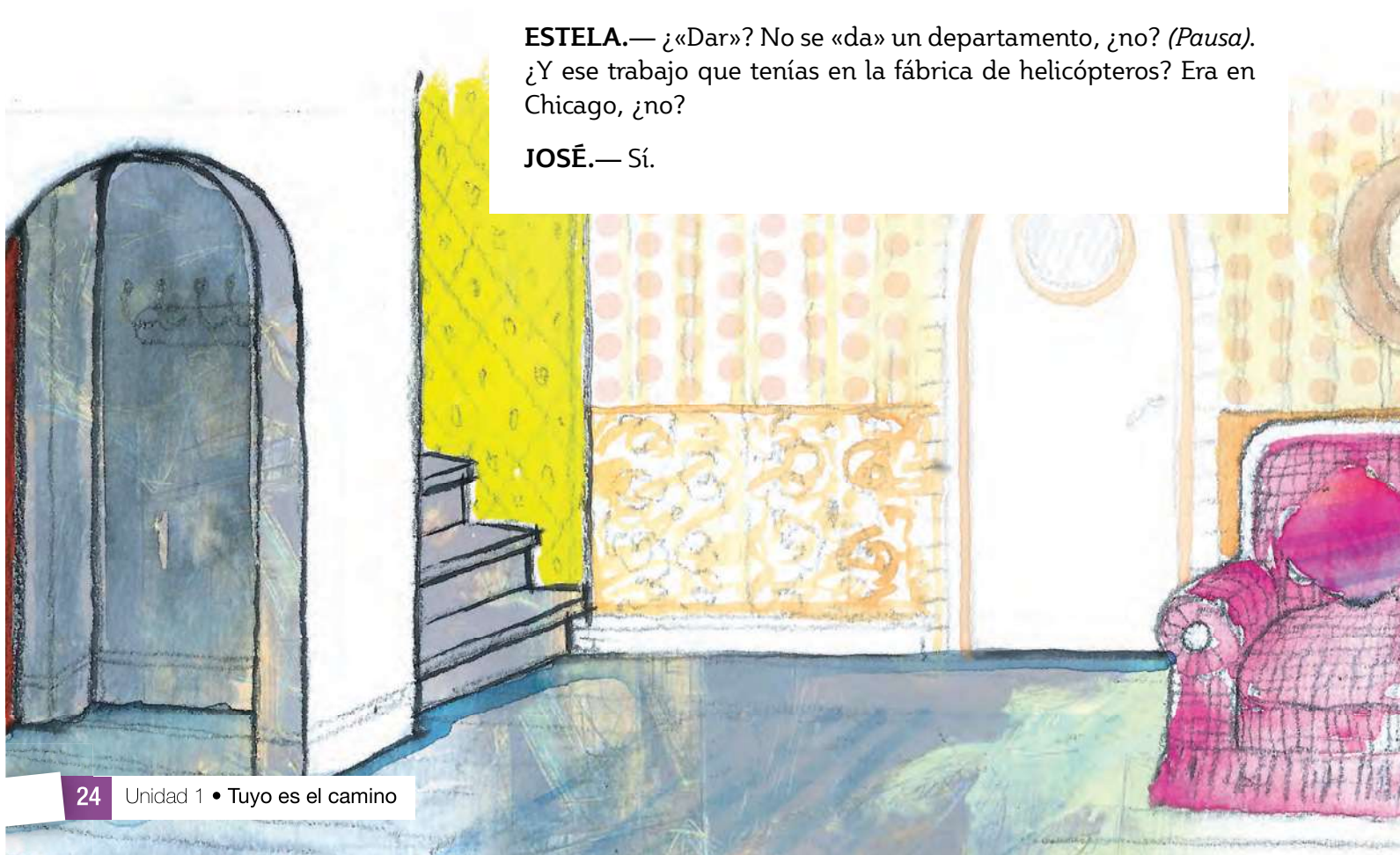
JOSÉ.— Sí, pero ya no.

ESTELA.— Y tu departamento... ¿qué hiciste? Porque tenías un departamento en Chicago, ¿no? Al menos es lo que escribiste, cuando aún escribías.

JOSÉ.— Sí, tuve, pero... vendí. En verdad, se lo... di a un amigo. Especie de... dar, ¿comprendes? Ahora último estaba viviendo en California.

ESTELA.— ¿«Dar»? No se «da» un departamento, ¿no? *(Pausa).* ¿Y ese trabajo que tenías en la fábrica de helicópteros? Era en Chicago, ¿no?

JOSÉ.— Sí.



ESTELA.— ¿Qué pasó?

JOSÉ.— Renuncié a eso. Lo dejé. Hace bastante tiempo. *(José abraza a Isabel y la mantiene abrazada).*

ESTELA.— Y... ¿qué has estado haciendo últimamente, entonces? *(Ríe nerviosamente).* No se puede decir que nos tenías muy informados, ¿no?

JOSÉ.— Sí. Soy un escritor podrido. *(Isabel se levanta).*

ISABEL.— ¡Bueno! ¡Se acabó este interrogatorio! ¡Ven, niño! Quiero que le eches un vistazo a la pieza que te preparó la Trini. ¡Si supieras como trabajó en eso! *(Lo lleva de la mano).*

ESTELA.— ¡Pero, mamá! Acaba de llegar y ya te lo llevas... *(Isabel se lo lleva. José la sigue con gesto de divertida resignación).*

ISABEL.— *(Subiendo).* Es una habitación que Raúl usa a veces para sacar cuentas y Estela y yo, para coser. Trini le cambió los papeles, le puso cortinas nuevas, y repisas para tus libros. Ha estado obsesionada con que no eches de menos tus comodidades norteamericanas. *(Desaparecen. Raúl se pone a reír).*

ESTELA.— Y tú, ¿de qué te ríes?

RAÚL.— Oh, Dios mío... ¡de tu cara en el aeropuerto! ¡Si hubieras podido vértela! ¡Se te caía a pedazos! *(Se calma).* De modo que ese es tu hermano, ¿eh?

ESTELA.— No veo que tiene eso de risible.

RAÚL.— ¿Qué vamos a hacer con él?



con sorna: con ironía.

ESTELA.— ¿Qué quieres decir?

RAÚL.— Porque tu hermano es un vago. Supongo que ya te habrás dado cuenta, ¿no? En esta casa, al menos, no vamos a tener a un vago. Eso está claro, ¿no? (*Estela se pasea nerviosamente. Con sorna*). ¡Oh, cresta! ¡«Superintendente» en una fábrica de helicópteros! ¡Te juro que he tenido que hacer el esfuerzo de mi vida para no cagarme de la risa! Un *hippie* de mierda, como hay miles en los Estados Unidos, eso es lo que es.

ESTELA.— No seas ridículo. Los *hippies* ya no existen.

RAÚL.— Bueno, bueno, así será, pero mejor le dices de inmediato que agarre sus bultos y se mande a cambiar antes de que se acostumbre a la idea de que aquí se va a encontrar un nido, porque aquí, en esta casa, no se va a quedar. ¿Está claro?

ESTELA.— ¡Déjame pensar! ¡No me presiones! (*Isabel y José bajan la escala. Tras ellos viene Trini*).

ISABEL.— Le encanta. Está encantado con todos los arreglos. Encantado de la vista maravillosa. ¿No es cierto, niño?

JOSÉ.— Sí. (*A Raúl*). Lindo jardín. Linda piscina. ¿Qué es lo que se ve detrás? ¿Ese parque?

RAÚL.— El Club de Golf. (*Isabel y Trini se sientan a ambos lados de José*).

ISABEL.— Colindamos con el Club. Raúl es socio. Eso nos permite usar sus terrenos... pasear entre los árboles por las tardes... ¡Si vieras lo lindo que es, hijo!

TRINI.— Sí. Y a veces encontramos pelotas de golf en nuestra piscina. Yo me puedo bañar en ambas. En la del Club y en la nuestra. A veces atravieso la cancha en traje de baño y me baño en la otra... solo para bañarme en las dos. Así siento que tengo dos piscinas. La de los Water tiene luces azules bajo el agua.

ISABEL.— Los Water, ¿recuerdas? Si vieras lo ricos que están...

TRINI.— Sí. Tienen una piscina con luces que se prenden junto a las de la terraza. ¡Prendes las luces de la terraza, y toda la piscina se pone azul! (*Breve silencio embarazoso. Después de esa tirada excitada, José solo se limita a sonreír, asintiendo levemente*).

JOSÉ.— (*A Estela*). Todo un cambio, ¿eh? De ese quinto piso en que tú y Raúl vivían, cuando recién casados, ¿recuerdas? Comían sobre la tabla de planchar... Se cubrían con la alfombra... (*Risas*).

RAÚL.— (*Con cierta agresividad contenida*). Sí, ha habido cambios, como dices. Claro que hemos trabajado duro, para eso. Estas

cosas no caen del cielo. Claro que a ti, todos estos «lujos» no te deben hacer cosquillas. Con toda esa gente rica con la que te codeabas, esto te debe parecer... una **bicoca**, ¿no? (*A los otros*). Es lo que escribía, ¿no? Que se codeaba con puros palogruesos. Como esa actriz de cine, por ejemplo. ¿Cómo se llamaba? Bueno, no importa. Vivía en un palacio, supongo, ¿mh? Beverly Hills, ¡y los árboles plásticos! (*Busca la risa de los demás*). La parranda del Año Nuevo, bailando cumbias en la piscina. Iban a realizar un crucero en yate a las Bahamas, ¿no? Al menos, es lo que escribías.

JOSÉ.— Sí... íbamos.

RAÚL.— ¿Y, qué pasó? ¿Una crisis de heroína... un traslado al sanatorio... y el viaje que se fue al tacho?, ¿mh?

JOSÉ.— No. No fue eso. Fue que cuando llegó el día de partir, yo ya no era su chofer. (*A Isabel*). Sí. Su chofer. Nunca te lo conté, porque entonces era importante para mí que creyeran eso: que era su amigo. (*A Raúl*). Fui su chofer, y en cierta manera también fui su amigo. Y aunque tal vez no lo creas, era una mujer muy sola... y muy triste.

RAÚL.— ¿Triste? ¡Oh, Dios! ¿Con el millón de dólares que cobra por película?

JOSÉ.— Por eso. (*Breve silencio embarazoso*). [...]

RAÚL.— Bueno. Me voy. Tengo que volver a la fábrica. (*De pasada, a José, por la petaca*). Gracias, «hermano». Ponte cómodo. Siéntete como en tu casa. (*Desde la puerta, a Estela*). ¿Vienes? (*Estela se levanta*).

ISABEL.— Pero, Estela, ¿tú también te vas?

ESTELA.— Tengo que hacer, mamá. La fábrica no espera. (*A José*). Nos veremos en la tarde. (*Saludo vago*). Espero que te sientas como en tu casa... (*Sale con Raúl*).

ISABEL.— (*Confundida*). Es una mujer muy trabajadora. Ambos, son muy trabajadores. Lleva todo lo que tiene que ver con los clientes. Ventas, publicidad, envases, tú sabes... Raúl lleva el resto... ¡Tienen una fábrica que si la vieras! Como cien obreros... (*Pausa*). Han trabajado duro. Los primeros años casi no llegaban a casa. Trabajaban hasta los domingos... Ahora están un poco más calmados... Tal vez no debieron haberse ido... (*Durante toda esta tirada, José ha seguido sus palabras con cálida y comprensiva simpatía*).

JOSÉ.— (*Sonriendo*). Y... ¿son felices?

bicoca: cosa de poca importancia y aprecio.

ISABEL.— Bueno... yo no sé. No sé lo que quieres decir.

JOSÉ.— Felices. Solo hay un significado para eso.

ISABEL.— Bueno... creo que sí. Sí, ¿por qué no?

JOSÉ.— ¿No tienen hijos?

ISABEL.— No.

JOSÉ.— ¿Por qué? *(Riendo)*. ¿Porque trabajaban tan duro que no encontraron el momento para acostarse?

ISABEL.— ¡Hijo, por Dios! Lo que pasa es que Estela tuvo esa complicación con sus ovarios, tú recuerdas... Desde entonces algo le pasa, no sé. Sufre mucho por eso.

JOSÉ.— ¿No han visto doctor?

ISABEL.— Oh, sí, muchos. Han visto todos los que se pueden ver en eso, pero... Es un tema que no se puede tocar. *(Trini se levanta. Va hacia la escala)*. ¿Dónde vas?

TRINI.— A mi pieza. Ya vuelvo. *(Sube)*.

ISABEL.— Tu llegada ha sido toda una emoción para ella... para todos. *(Toma las manos de José)*. Qué bueno tenerte en casa, al fin, hijo. *(Llora)*.

JOSÉ.— Pero, mamá, no llores. ¿Por qué lloras?

ISABEL.— Nada, hijo. Chocherías de vieja, nada más. De la felicidad de verte, será. *(Toma su cara)*. Solo me preocupa que estés tan flaco, hijo. Bajo esa barba no se ve nada, pero lo que se ve es que tienes hundidas las mejillas... Y ese cuerpo... ¿No te daban de comer allá?

JOSÉ.— Oh, sí, mamá...

ISABEL.— Sin embargo, tienes una tristeza en los ojos. ¿Por qué es eso? Pareces un Lázaro.

JOSÉ.— No sé, mamá. Será el viaje. Estoy cansado... La sensación de volver a casa, tú sabes...

ISABEL.— ¿Crees que te acostumbrarás aquí?

JOSÉ.— Es mi casa, ¿no? ¡Y estás tú! *(Toma la cara de su madre)*.

ISABEL.— *(Emocionada)*. Bueno, creo que tengo que ponerme a hacer las cosas. ¡La vida sigue! Te dejo con tu abuelo. Y sale a dar una vuelta al jardín. ¡Verás lo lindo que está! *(Sale hacia la cocina. El abuelo, en tanto, en su silla frente a la puerta vidriera, ha estado tratando de sacar notas a la flauta. José lo mira)*.